

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 315

50 CTS.
083



LA JUVENTUD
TIENE SUS DERECHOS

NÚMERO EXTRAORDINARIO

POR
LEE PARRY

FilmoTeca
de Catalunya

SAVEN, Fred

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 315

(Wenn das Herz der Jugend spricht
LA JUVENTUD TIENE SUS DERECHOS *1926)*

Vigorosa comedia sentimental interpretada por los célebres artistas

LEE PARRY, ALBERT BASSERMANN, ETC.

PRODUCCIÓN DE
EMELKA FILM INTERNATIONAL

GRAN EXCLUSIVA DE
E. GONZÁLEZ. - Madrid

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares:

EDUARDO FIUS

Rambla de Cataluña, 44. - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
SALLY O'NEIL



LA JUVENTUD TIENE SUS DERECHOS

Argumento de la película

Una cruda noche de invierno, una hermosa mujer, rubia y joven, llamaba a la casa que poseía en los alrededores de la ciudad el famoso médico doctor Imhof.

Llamábase Alice de Arensberg y sus ojos brillaban llenos de inquietud como si reflejasen un doloroso estado interior.

—El doctor no ha vuelto aún a casa, señorita — le dijo un criado, apareciendo en la puerta.

Alice hizo un gesto de desesperación, pero continuó paseando nerviosamente por la acera, esperando el regreso del eminente sabio que debía calmar su impaciencia.

Pasó todavía media hora. El silencio era absoluto en aquella calle desierta, mal alumbrada por unos focos de electricidad. Pero de pronto un automóvil se detuvo ante la casa y bajó el célebre doctor Imhof, una de las glorias más legítimas de la medicina nacional...

Era el doctor Arturo Imhof, un cirujano

de fama mundial, hombre de unos cincuenta años que conocía el perfume de la celebridad.

Alice acercóse al médico, y con ademán suplicante le dijo:

—Doctor... le agradecería que me escuchase un momento...

—Es muy tarde, señorita—contestó apartándola suavemente el sabio—. Venga mañana y acaso pueda recibirla.

Y sin querer escucharla más entró en su confortable mansión.

Las manos de Alice se retorcieron de angustia... ¡Pasar allí la noche, desafiando la inclemente frialdad, para que aquel doctor la apartara con un vulgar cumplimento!

Recobró fuerzas, pensó en el motivo que le había traído allí y escribió unas líneas en una tarjeta.

Volvió a llamar a la casa rogando al criado entregase aquella esquelita al médico...

Imhof había llegado a su despacho y se disponía a enfrascarse de nuevo en el estudio con el tesón incansable de los verdaderos adoradores de la ciencia.

El sirviente le entregó la tarjeta de la mujer. Decía así:

Mi madre ha sido operada en la clínica de usted. Allí no han querido decirme el resultado. Le ruego encarecidamente me facilite alguna noticia.

—¿De quién se trata? — preguntó Imhof.

—Me la ha dado la señorita esa que espera en la calle...

—¡Ah!

El doctor recordó la angustia reflejada en el semblante de la joven, y se enterneció súbitamente... ¡Pobrecita! ¡Y él había sido cruel con aquella mujer, desolada por el estado de su madre!

Queriendo enmendar su dureza, salió precipitadamente a la calle y vió a Alice apoyada contra la verja del jardín, la mirada melancólica y lejana...

—Pase usted, señorita, pase... Ahora preguntaremos a la clínica por la enferma... — le dijo.

Alice sonrió y murmuró un débil "muchas gracias".

Atravesaron varios salones hasta llegar al despacho de Imhof, bella pieza que tenía un aspecto conventual... Era aquel despacho de negros muebles el templo del estudio, donde se rendía culto a la religión augusta de la ciencia.

—¡Siéntese usted!... Voy a llamar a la clínica...

Alice, aturdida, miraba emocionada a aquel hombre cuyo fino bisturí causaba milagros. El médico había operado a la madre de Alice, unas horas antes... ¿Se salvaría la buena mujer, arrancándola él de los brazos de la muerte?

Imhof, sonriente, queriendo suavizar la acostumbrada adustez de su rostro de hombre de estudio, telefoneó a su ayudante a la clínica.

Era el doctor Hedit su joven ayudante y pasaba sus horas de guardia nocturna, entregado a cálculos amoroso-económicos.

Aquella noche, poco antes de llamar Imhof, consultaba una nota que tenía sobre su mesita de trabajo.

No era ni un diagnóstico, ni una receta, ni una fórmula de experimentación: era algo peor.

Gastos de boda

<i>Participaciones de enlace</i>	12	<i>marcos.</i>
<i>Desayuno en el hotel Adlón.</i>	60	<i>íd.</i>
<i>Tres días de estancia en Rheins-</i>		
<i>berg</i>	100	<i>íd.</i>
<i>Ropa interior</i>	1.000	<i>íd.</i>
<i>Muebles para la casa</i>	5.000	<i>íd.</i>

Hedit quería casarse y estudiaba el presupuesto fijado que no armonizaba con el estado escuálido de su bolsa.

Era preciso ir rebajando cantidades y fué tachando sucesivamente las participaciones de enlace, tres días de estancia en Rheinsberg y muebles para la casa.

Había que hacer economías, nada de gastos superfluos. Una vez casados irían a vivir a una pensión, evitándose la compra de muebles.

Tal vez hubiera seguido borrando si el teléfono no interrumpiera su tarea.

Era el doctor Imhof quien le ordenaba:

—Dígame usted el estado de la viuda de Arensberg.

Hedit corrió a la cabecera de la enferma y consultó la tablilla indicadora de la enfermedad. Y transmitió al doctor Imhof sus impresiones.

Alice esperaba, temblorosa, las palabras del médico... ¿Qué diría? ¿La salvación o la muerte? Pero el doctor Imhof dejó el aparato y la miró con seriedad enigmática.

—Me dice el médico de guardia, señorita, que el estado de su madre no es peligroso, pero que hay necesidad de esperar a que pase la crisis...

Esta inseguridad hizo llorar a la muchacha.

—¡Por Dios, doctor! ¡Mi madre es la única persona querida que tengo en el mundo!

—Cálmese usted, señorita; es casi seguro que su madre se salve...

Miró cariñosamente a aquella hermosa criatura que se levantó de su asiento para marcharse.

—¡Gracias... gracias, doctor, en usted confío lo que me queda en la vida!

—Anímese, señorita...

El le tendió la mano en un arranque de protección... Al salir llamó a un criado y le dijo:

—Mi automóvil, para llevar a esta señorita a su casa...

—¡Oh, no, doctor!... — protestó ella.

—¿Por qué no? Está usted acalorada, llorosa... Le sentaría mal el aire... Permítame que le ofrezca mi coche...

Alice se inclinó... ¡Qué bondadoso y noble parecía aquel doctor Imhof al que los pobrecitos dolientes se confiaban con una fe ciega y maravillosa!

Cuando ella hubo abandonado la casa del doctor, éste se dejó caer en su silla de despacho.

Estaba realmente cansado, la jornada había sido fatigosa. Mas a pesar de ello volvió a enfrascarse en la lectura de sus libros de estudio y así con los codos sobre la mesa le sorprendió el alba...

Alice había llegado a su hogar, la casa de la viuda de Arensberg, en otro tiempo poderosa y hoy víctima de grandes reveses de fortuna.

Y en su solitario hogar, el pensamiento de Alice volaba hacia la madre en peligro... ¿Lograría vencer la dolencia que se había apoderado de su organismo, o moriría dejándola a ella sola y triste en el torbellino del mundo?

Pero ella pensaba en el doctor Imhof... y una sonrisa de esperanza iluminaba su corazón...

**

Pasaron algunas semanas... Una mañana Alice fué a la clínica del doctor Imhof, y éste le comunicó:



...una sonrisa de esperanza iluminaba su corazón...

—Tengo que dar a usted una buena noticia. Su madre puede ya dejar la clínica. Alice sonrió alegremente y se dirigió a

abrazar a su madre que, sentada en la cama, paladeaba la dulzura de volver a vivir.

—¡Doctor, doctor! — decía la viuda— ¡A usted le debo la vida!...

—¡Vamos... está usted salvada y no puede figurarse lo que esto me alegra. Y ahora, señora, para restablecerse, convendría que pasara usted una temporada en alguna ciudad alpina.

—¡Sí... tiene usted razón! — dijo la mujer con voz apagada.

Y miró un instante a su hija... Esta comprendió el significado de aquellos ojos tristes que parecían preguntar: ¿De dónde sacaremos los recursos para el viaje? ¿Si estamos arruinadas!

Imhof se despidió de la enferma y de Alice, yendo a continuar su visita hacia las otras camas del hospital...

Aquel mismo día se dió de alta a la señora viuda de Arensberg, y por la mañana siguiente, en un coche, la convaleciente fué trasladada a su casa... Alice parecía vivir unos momentos de inolvidable felicidad, agradecida al sabio doctor Imhof que había arrancado a su madre de la muerte.

Imhof llegó a la otra mañana algo retrasado a la clínica. Había tenido que celebrar consulta ante un caso de gravedad que otros colegas ponían a la consideración de él para que, con su experiencia y su ojo clínico, dictaminara su fallo.

Sentóse ante la mesa de Hedit para examinar las oscilaciones de los enfermos. El ayudante sonreía aturdido al ver que el doctor había cogido unos papeles y los examinaba con curiosidad.

—¿En qué se entretiene usted, Hedit? ¿Qué es esto?

Y leyó una nota que decía:

Participaciones de enlace 6 marcos.
Desayuno en la cervecería Pschorr. 15 id.
Un día de estancia en Rheinsberg. 30 id.

Sonriente, Hedit contestó:

—Es que pienso casarme y antes necesito hacer muchos números...

Imhof vió otros papeles llenos de tachaduras y en que aparecían confusamente gastos de boda.

—Muchos números hace usted, efectivamente—le respondió.

—Es que conviene pensar bien las cosas antes de casarse...

—Tiene usted razón... Pero, en fin, vayamos a cosas más importantes...

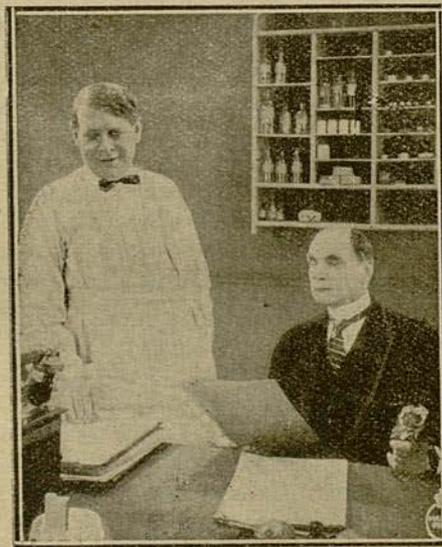
Y, adquiriendo de nuevo el gesto del sacerdote de la ciencia, comenzó a estudiar las variaciones experimentadas por los enfermos durante la noche.

Entretanto, en su casa, Alice y su madre conversaban sobre la necesidad de ir al campo para restablecer definitivamente la salud.

—El doctor Imhof me ha dicho que es preciso que te vayas — explicó Alice.

La madre respondió con gestos dolorosos:

—Cuando se cuenta con escasos recursos



—Es que pienso casarme y antes necesito hacer muchos números...

es difícil realizar un viaje en busca de la salud.

—Nos empeñaremos, mamá... vendémoslo lo único que nos queda, pero tú irás al campo...

—¡No, hija mía! — y acarició dulcemente el rostro de Alice, tan puro y bello—. Piensa que ahora nuestra primera obligación es abonar su cuenta al doctor...

—Es verdad, madre... Ha sido el doctor Imhof tan bueno para nosotras... ¡y le debemos tanto!...

Aquella misma tarde, Alice enviaba al médico una carta con una bella sortija antigua.

Ilustre doctor Imhof: Ha salvado usted la vida de mi madre; y como prueba de mi imborrable gratitud me permito enviarle este anillo, que figura entre los pocos recuerdos de familia que todavía conservamos... Mucho estimaré acepte este recuerdo de gratitud de su afma.

Alice de Arensberg.

Ellas habían pagado ya la estancia diaria en la clínica, pero las dos mujeres consideraron un deber hacer una demostración de gratitud al eminente médico.

Cuando el doctor Imhof recibió el escrito y la sortija, quedó inmovilizado por una dulce sensación de bienestar...

¡Gente agradecida, bondadosa! Y miró el anillo, de oro antiguo, que tal vez evocase algunos recuerdos de amor, y sonrió poniéndoselo en uno de sus dedos...

Y creyó ver ante él una figura rubia, delgada, esbelta: Alice de Arensberg.

¡Qué hermosa era Alice! ¡Recordó su belleza de virgen y la dulzura de su voz llena de una caricia tierna! Y de pronto en su alma de solterón, de hombre solitario, entregado a los placeres científicos, surgió inmensa, alta, poderosa, la llama sagrada del amor...

Se asombró, horrorizado de su propio descubrimiento. ¡Quiso apartar de sí aquel pensamiento inútil! ¡Qué loco era!... ¡Es que olvidaba por ventura que no estaba ya en la edad de hacer tonterías? Enamorado él, de una mujer joven... ¡qué majadería!

Alice era una muchacha admirable, pero no podía ser nada más para él. Para distraerse aquella noche cogió unos libros y quiso dedicarse con mayor esfuerzo y cariño al estudio de sus materias, pero comprendía que se distanciaba su atención. Y ante él aparecía una figura de junco, algo que por primera vez en la vida le causaba un tormento extraño: una mujer.

Al día siguiente pareció recobrar la tranquilidad y marchó a la clínica. Allí le esperaba una sorpresa: Alice y su madre ya muy mejorada le aguardaban para darle de nuevo las gracias.

Imhof agradeció a su vez aquel recuerdo que llevaba en el dedo, la sortija que brillaba, fulgurante... Examinó a la madre y repitió que le convenía salir cuanto antes al campo.

—¿No tienen ustedes todavía sitio elegido donde ir?

—¡No... no! — dijo Alice, tristemente.

El pareció comprender... Conocía las dificultades económicas de las dos mujeres. Miró sereno y frío a aquella mujercita que hacía vibrar su corazón, y le dijo:

—Creo que Montreux les sentaría bien. Yo puedo recomendarles a una casa en la que estarían confortablemente y muy barata.

—Si fuese así... una cosa razonable...

—Lo es...

Apuntó en un papel esta dirección:

Caux, a pocos kilómetros de Montreux, Villa Wegeli.

—Aquí es donde deben ustedes ir...

Alice guardó el papel y mirando cariñosamente al médico le contestó:

—Doctor, es usted nuestra providencia... ¿Cómo pagarle cuánto hace usted por nosotras?

Sonrió el médico, envolvió en una mirada dulce, penetrante, a aquella criatura que le turbaba, que le sumía en una intranquilidad bienhechora, y le dijo:

—Yo, señorita, estoy suficientemente pagado con su precioso regalo...

Bajó los ojos; quería evitar que se descubriese su inquietud, el extraño amor que vi-

via en su pecho, como algo nuevo e inesperado.

Alice y su madre se despidieron de él y el médico estrechó la mano de ellas y al tocar la de Alice sintió que un temblor agitaba la suya con una misteriosa vibración.

—¡Qué locura la mía! — se dijo—. ¡Pensar en esas cosas a mi edad! ¡Eso se deja para los jóvenes!

Pero durante toda aquella mañana no pudo quitarse de su cerebro la imagen de Alice.

Poco después, mientras Imhof visitaba una de las salas de la clínica, llegó el médico doctor Kerber, un antiguo amigo y compañero de Imhof, un hombre humilde, envejecido, soltero también...

Un practicante le hizo esperar en un pasillo y fué a comunicar a Hedit:

—El doctor Kerber desea ver al señor...

—¿Y lo hace usted esperar fuera? — respondió Hedit—. ¡Si es el mejor amigo del doctor Imhof!

—Usted perdone... yo no sabía... Como soy nuevo en la casa y él va tan desaliñado...

—¿Y eso qué importa? Hace mucho tiempo que Kerber podría ser catedrático; pero es tan bueno que prefiere seguir en su puesto de médico de pobres.

Hedit fué a saludar a Kerber y le hizo pa-

sar al despacho del doctor. Este no tardaría en aparecer...

Imhof, después de haber reconocido a varios enfermos, volvió a su despacho.

Una gran alegría se apoderó de él al ver a su antiguo camarada.

La amistad que se enlaza en los años mozos perdura a través de toda la vida. Y el médico triunfador estrechó entre sus brazos el compañero humilde insigne, tan modesto, que pudiendo hacerlo, no había querido escalar las cumbres de la celebridad.

—Los médicos también nos permitimos el lujo a veces de estar enfermos... Vengo a ponerme en tus manos — dijo Kerber.

—Veamos, hombre, ¿qué te pasa?

Kerber explicó sobriamente los síntomas de su enfermedad, un desequilibrio nervioso, un agotamiento cada día mayor...

—Eso es exceso de trabajo — dijo el doctor Imhof—. Tú no te cuidas, tú vives como si tuvieras veinticinco años sin acordarte de que pasaste el medio siglo. Es necesario descansar, dormir...

—Habré de procurarlo — respondió, sonriente, Kerber—. Pero son tantos los enfermos pobres. ¡No me dejan ni de noche ni de día!... ¿Y cómo negarme a visitar a un pobrecito que necesita de mí?

—¡Qué bueno y santo eres, Kerber!

Fumaron unos cigarrillos, evocando los lejanos años cuando los dos estudiaban.

Luego, Imhof sonrió como si brotara en su imaginación una idea.

—Yo también tengo que consultar contigo una enfermedad... espiritual. Te espero esta tarde a las siete en mi casa.

—¿A mí? ¿A un pobrecito aprendiz?

—A ti... ¡sabio!

Pero como pasaba el tiempo y los pobres tenían derecho a los cuidados del doctor Kerber, éste se despidió de su amigo hasta la tarde.

En su casa, Alice y su madre acordaron marchar al campo a buscar glóbulos rojos para la vida anémica de la vieja... Y Alice, buena administradora, supo arreglarse, con los fondos que poseía, para efectuar el viaje.

Se dirigió a una agencia de viajes para pedir un billete de coche-cama.

Antes que a ella, despacharon un billete a un caballero que dió el nombre de Lucia-no Baerenfeld.

Luego le tocó el turno a Alice. Al saber que se dirigía a Montreux, el empleado le dijo:

—Lo siento mucho, señorita, pero el último billete de coche-cama está expedido para ese caballero.

Y le señaló a un joven que se hallaba en la contigua ventanilla de Caja. Alice le miró. Era un muchacho elegante, de porte distinguido, correcto.

Al escuchar las frases del empleado y

cuando ya Alice iba a marcharse, Luciano se adelantó hacia ella.

—Con mucho gusto le cedo mi puesto, señorita...

—¡Gracias... no se moleste... mañana volveré!... — respondió ella.

—¡Oh, yo no tengo prisa!... En último término haré el viaje otro día...

—Si es así... muy reconocida, señor...

El joven le dió el billete y ella lo entregó al empleado para que borrara el nombre de Luciano Baerenveld por el de señora viuda de Arensberg.

Luego, Alice, repitiendo su agradecimiento con una seductora sonrisa, abandonó la oficina, mientras Luciano se descubría respetuosamente.

Tentado estuvo de seguirla, pero desistió de ello.

Por la noche la vería en el tren y podría hablarla... Le había gustado aquella mujer, su dorada juventud y la sonrisa de sus labios...

Aquella tarde, el doctor Kerber, puntual, fué a casa de su amigo Imhof. Cenaron juntos, trataron de las investigaciones últimamente realizadas, de los progresos de la cirugía moderna. Luego, llevando la conversación hacia otra órbita, Imhof le dijo:

—Hablemos ahora de la consulta que prometí hacerte... ¿Tú crees que a mis años puedo pensar en casarme?

Kerber mordió su pipa y respondió:

—¿Por qué no? Un hombre como tú, dedicado a remediar las desdichas de la humanidad, tiene también derecho a disfrutar de la ventura...

—Eso pensaba yo también. ¿Pero no habré llegado demasiado tarde?

—¿De ningún modo!... Tú no eres viejo... Cualquier mujer se mostraría orgullosa de casarse contigo... Y dime, ¿quién es la elegida?

Imhof le explicó su amor por Alice y el doctor Kerber aprobó por entero su propósito... ¡Sí, sí; era preferible para él que uniese su vida en matrimonio!...

Mientras ellos departían en la intimidad del despacho, a la misma hora el tren iba a partir para Montreux.

Alice, para economizar, habíase resignado a tomar para ella un billete de tercera clase, mientras su madre se acomodaba en el lujoso departamento coche-cama.

Luciano Baerenveld se presentó en la estación, compró un magnífico ramo de flores y poniéndole en manos de un empleado, le dijo:

—Entregue usted esto en el departamento de la señora viuda de Arensberg.

Y paseó por el andén esperando que la hermosa joven saliera a la ventanilla para darle las gracias.

El empleado había entregado a la madre

de Alice las flores, pero ella no quiso admirlas.

—No deben ser para mí... Esto será un error — dijo la buena señora.

Las flores volvieron a poder de Luciano, quien se extrañó de que no estuviera la muchacha en el coche-cama.

La madre de Alice apareció en la ventanilla, para contemplar al joven que seguramente se había equivocado.

Luciano paseaba con inquietud... ¿Dónde estaría la encantadora rubia? ¿No le había dado él su billete?

Pero el tren comenzó su marcha y Luciano se desesperó viendo el fracaso de su investigación.

Estaría oculta en algún otro departamento. Pero al día siguiente él iría a Montreux y buscaría a la encantadora muchacha...



A la nueva mañana, el tren llegó a la blanca ciudad de Montreux, país alpino, donde las montañas copian en los lagos la serenidad nevada de sus cumbres.

Madre e hija respiraron holgadamente al verse en aquella tierra de aire puro y soberano... ¡Qué bien se viviría allí!

Subieron a un coche de punto.

—Vamos a Caux, Villa Wegeli... — dijeron.

Arrancó el vehículo, mientras ellas contemplaban los vastos panoramas que se abrían ante sus ojos, la hermosura de los nevados montes elevándose hacia el cielo.

Llegaron ante una casa de líneas severas, bordeada de jardín, cuya parte posterior besaba la orilla azul de un lago.

Entraron en sus grandes habitaciones y una bondadosa mujer, la guardiana de la casa, les dijo:

—El dueño de esta casa es el doctor Imhof. Tengo órdenes del señor de ponerme bajo las órdenes de ustedes...

—¿Del doctor Imhof? — dijo la madre, sorprendida—. ¡Oh, qué sorpresa! ¡Quién iba a sospechar!

La viuda estaba perpleja sin saber si permanecer allí... ¡Admirable médico que de tan delicada manera les brindaba su casa en aquella tierra alpina!...

Pero Alice le dijo:

—Aceptemos, mamá... Será un nuevo motivo de agradecimiento que le tendremos a él...

—¡Sí, es verdad!... ¡Qué corazón tan noble!

Y se aposentaron en sus habitaciones, diciendo a la encargada que sólo ocuparían una de las alas de la casa. ¿Para qué querían ellas el resto del inmenso edificio?

¡Qué felices se sentían entre aquel aire sano donde la luz se derramaba a torren-

tes! ¡Hospedadas en la propia casa del doctor, con la delicadeza del hombre que hace las cosas en silencio! El reconocimiento de las dos mujeres hacia él sería realmente eterno...

Unos días después de haberse saturado de la vida pródiga y saludable de aquella Naturaleza, Alice escribía a Imhof:

Querido doctor: Pronto hemos descubierto su bondadoso engaño de cedernos su propia casa. ¡Cuánta es nuestra gratitud para con usted! Mamá se encuentra mucho mejor...

¿Por qué no viene usted unos días a disfrutar de este hermoso clima y de este bello paisaje? Si usted se decidiera a venir lo celebraría mucho su afectísima

Alice.

El doctor Imhof recibió al día siguiente aquella carta que llenó de besos. ¡Qué deseos tenía de ver de nuevo a Alice! Fué a visitar a su amigo Kerber y le dijo:

—Dentro de unos días me voy a Montreux. Durante mi ausencia, tú quedarás encargado de la clínica.

—¿Vas a ver a tu adorado tormento?

—Y a pedirla por esposa. ¿Te parece justo?

—Te dije que me parecía admirable.

Y una ilusión juvenil, de muchacho que ha de pasar unos días de vacaciones, inva-

día al médico con una alegría que chocaba con la severidad de su temperamento.

Mientras tanto, Luciano Baerenfeld, que se sentía repentinamente enamorado de la bella Alice, llegaba a Montreux.

¿Hacia dónde podría estar aquella encantadora muchacha? Visitó todos los hoteles de la ciudad y siempre encontró la misma respuesta.

—No, señor; en el hotel no se hospeda ninguna señora Arensberg.

Consultó la guía de forasteros y tampoco aquel nombre apareció allí. Sospechó que aquella joven habría partido para otro lugar, y que sería difícilísimo verla de nuevo.

Y una tarde, cuando ya se disponía a volver a la capital, encontró junto al lago a dos señoras, una de las cuales era la muchacha soñada.

Con la confianza que permite la vida en los grandes centros de excursión, se acercó a Alice y la saludó atentamente.

—¡Qué alegría! — dijo él—. ¡Volverla a saludar!

Ella, complacida también del encuentro con aquel muchacho, le presentó a su madre.

—El señor Luciano Baerenfeld que cedió su puesto en el coche-cama, para ti...

La madre de Alice reconoció sonriente a aquel muchacho y Luciano comprendió

entonces su equivocación. ¡La viuda era, pues, la madre! ¡Magnífico!

—Ah, ¿es usted el joven tan galante que despide con ramos a las señoras de edad?— dijo la viuda.

Luciano se inclinó respetuoso.

—Celebro que hubiesen ido a persona tan distinguida — respondió—. Pero le confieso que eran para su hija, a quien yo creía la viuda Arensberg. Ignoraba que usted fuera allí...

—¡Oh, mi hija viajaba en... primera...! Como sólo teníamos un sitio en el coche cama... — aclaró con cierta importancia.

—¡Lo comprendo! ¿Y se divierten ustedes mucho en Montreux, señora?

—Estamos encantadas — respondió Alice—. ¡Qué paisajes, cuánta luz! Realmente una querría vivir siempre aquí.

Pasearon por la orilla del lago, y al despedirse, una fuerte amistad se había entablado entre ellos.

—¿Me permiten, señoras, que las invite a la batalla de flores? Resultará una fiesta lindísima.

Ellas aceptaron y al día siguiente fueron en un automóvil magníficamente adornado a tomar parte en el corso.

Alice, por su juvenil belleza, era cual lindo capullo, pronto a prestar su aroma al primer amor.

Luciano se mostraba reidor, alegre, al la-

do de la muchacha... Estuvo repitiéndole, animado por la alegría de la batalla de flores, que era muy bonita y que jamás había encontrado otra mujer tan digna de ser amada.

Alice le escuchaba sin oírle bien, riendo y echando flores a los otros coches adornados que ponían en la gran avenida un aspecto de jardines vivientes.

Luciano las acompañó hasta la puerta de su casa. Cuando madre e hija quedaron solas comentaron la alegre fiesta. ¡Oh, si aquello pudiese durar toda la vida!...

Y aquella noche, Alice fué desvelada algunas veces por el recuerdo de la fiesta, y por las palabras que perfumaban como flores, de aquel galán que sabía decirle de tan bellas maneras: ¡Qué bonita es usted!

Unos días después, en la gran ciudad, el doctor Imhof entregaba a su amigo el doctor Kerber, la dirección interina de la clínica.

Aquella misma noche marcharía a Montreux; no podía resistir ya más tiempo la separación.

Imhof mostró a su amigo una fotografía de Alice y su madre hechas en su casa y que ellas le habían enviado como recuerdo.

El doctor Kerber contempló el retrato de la joven.

—¡Muy linda, ciertamente! — dijo—, pero ¿no te parece que es demasiado joven para ti?

Imhof miró también el retrato y respondió con contrariado acento:

—Tal vez... no sé... En Montreux quedará decidida mi suerte...

En el expreso salió Imhof para la ciudad alpina, soñando en la ventura de encontrar a aquella linda y amada mujer.

Alicia y su madre, al verle, le repitieron su agradecimiento por cuanto había hecho por ellas.

—Yo sólo deseo su bienestar y aquí pueden estar ustedes una larga temporada — les dijo el médico—. Yo permaneceré a su lado unos pocos días.

—¡Qué lástima! — respondió Alice con un afecto filial—. ¡Con lo que queremos a usted!

El sintió que su corazón latía con presteza. Y cuando Alice marchó al jardín, y él quedó solo con su madre, expuso a ésta, sencillamente, su proyecto.

—Señora, no le sorprenda lo que voy a decirle. Estoy prendado de la hermosura de su hija, de su bondad... Si he venido aquí, ha sido para pedir su mano.

La señora viuda de Arensberg cruzó las manos sobre el pecho. ¡Todo lo hubiera sospechado menos que el doctor, aquel hombre severo, enérgico, que parecía consagrado eternamente a la misión de la ciencia, quisiera casarse con Alice!

—Comprenderá usted, doctor — dijo —, que

me sorprende su determinación... No sé qué decirle. Consultaré con Alice...

—Hágalo usted y sea mi abogada... Yo le ofrezco mi nombre honrado y la seguridad de mi fidelidad ejemplar...

Volvió Alicia trayendo unas flores para el médico, el buen doctor por el que sólo tenían palabras de cariño. El había salvado a mamá, él les dejaba permanecer en aquella hermosa casa.

—Salgamos a dar una vueltecita — le dijo Imhof, mientras la señora de Arensberg parecía abstraída en sus pensamientos—. Quiero que vea usted detalladamente mi casa, en la cual no han querido ustedes pasar de ciertas habitaciones.

—¿Por qué íbamos a necesitar dos mujeres solas todo el edificio? Con un huequecito teníamos bastante...

—Es usted tan modesta como bonita — dijo el médico, turbado.

—Caramba, señor galán...

Y se reía, como si le chocara que un hombre de ciencia la dirigiese piropos como cualquier jovencito.

Visitaron el bello chalet y luego volvieron al jardín.

—¿Le gusta a usted la finca, Alice?

—Es preciosa, lindísima — respondió ella, con entusiasmo, respirando fuertemente, saturándose del ambiente de olor y vida que

exhalaba el jardín—. ¡Qué bien debe vivir usted aquí!

El médico, mirándola con atención, como si quisiera clavar en ella sus palabras, la dijo:

—Viviría mejor si estuviera dulcemente acompañado...

Alice no pareció comprender.

—¡Sí, Alice! — añadió el sabio—. Deseo decirle algo que quizá la sorprenda...

La muchacha se apartó por instinto al ver avanzar hacia ella la cabeza del médico. ¡Dios mío! ¡Qué sorpresa!

—¿Querría usted, Alice, compartir para siempre su existencia conmigo? — murmuró Imhof con labios temblorosos.

La emoción había apagado la voz de Alice.

—Yo... — dijo como un suspiro.

Su corazón temblaba y cerró los ojos, presa de dolor.

¡Nunca hubiera esperado ella eso! Sentía por el doctor el afecto y la gratitud que inspira un íntimo amigo, pero ¡casarse con él, considerarle el eterno compañero de su existencia... unir su juventud de muchacha inquieta con su severidad madura de hombre de estudio!

—Yo amo a usted — siguió diciendo, apasionado, Imhof—. Piense en ello... y decida. Ya me dirá...

Y dejándola, después de estrechar su mano, se dirigió hacia sus habitaciones.

Alice quedó anonadada, triste... ¡No, no;

qué locura! Una cosa es el afecto, y otra, muy distinta, el amor.

Fué a ver a su madre para decirle lo que ocurría. Pero antes de que ella pudiera hablar, ya la viuda le dijo:

—El doctor Imhof ha pedido tu mano, hija mía...

—Ya lo sé — respondió la joven—. El mismo acaba de decírmelo.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Qué le has contestado?

—¡Nada aún! ¡Es una situación tremenda, mamá!

Callaron las dos mujeres, sintiendo que la gratitud se cernía sobre ellas adquiriendo forma de fantasma.

Y miraban aquella habitación y pensaban que era del hombre que tan generosamente se portaba con ellas. Y una lucha interior estremecía el alma de Alice.

—¡Es un hombre muy bueno, muy generoso, muy fino! — dijo la madre.

—Es cierto, mamá... pero no sé qué contestarle. ¡Nunca hubiera creído una cosa así! Estoy desorientada. No soy dueña de mí misma.

La viuda acarició el pelo de su hija, y dijo dulcemente:

—¡Piénsalo bien, hija mía! Tal vez este hombre sea tu felicidad. Durante mi enfermedad, me ha preocupado mucho tu porve-

nir. Eres pobre, sin bienes. ¿Qué será de ti el día que yo falte?

Por la mente de su hija pasó la visión del mañana. Sin saber por qué, en aquel instante se le apareció la figura de Luciano, el joven fuerte, arrogante, que formaría con ella una deliciosa pareja, de esas que causan envidia. ¡Y en cambio el otro! Pero se desvaneció instantáneamente la visión al escuchar la voz de su madre.

—¡Haz lo que quieras, hija mía! ¡Pero le debemos tanto al doctor!

—¡Lo sé, mamá! — murmuró ella.

Y marchó hacia su cuarto, pensando en qué sentimiento lograría vencer en la pugna: si el de la gratitud, el del reconocimiento que le llevaban a hacer feliz al hombre que tan generoso se había portado con ellas, o el otro, el del amor que le mandaba proclamarse libre, no entregar nunca su corazón sin estar verdaderamente enamorada.

Así pasó la noche. Y en la pugna, Alice sometió su floreciente juventud a la demanda del doctor.

A la mañana siguiente, comunicó su aceptación al doctor Imhof que se sintió el primer hombre del mundo, el más feliz.

El noviazgo fué rapidísimo; el doctor, hombre de procedimientos breves, no gustaba de los largos períodos de relaciones.

Y en una de las iglesias de Montreux los dos novios se unieron ante un sacerdote.

Al darles la bendición nupcial, ella lloró, viendo sacrificada, para siempre, su juventud, mientras él la miraba con una sonrisa de dicha.

La señora de Arensberg estaba complacida. Alicia le había asegurado que se casaba a gusto y esto alegraba el ánimo de la vieja que veía convertido en su yerno al hombre a quien debía la vida y la salud.

El mismo día de la boda, los novios partieron en viaje nupcial... La señora viuda de Arensberg quedó aún una temporada en Montreux.

Luciano, que había estado unos días ausente, fué a la quinta de los Arensberg, esperando saludar de nuevo a la bella Alice, la mujer de la que iba sintiéndose enamorado.

—La señorita marchó ayer en viaje de novios — le dijo la sirvienta—. ¿Si quiere ver a su señora madre?

Luciano pareció no comprender.

—¿La señorita Alice se ha casado? — preguntó, con asombro.

—Sí, con el doctor Imhof.

Sonrió dolorido, trágico. Se alejó.

No quiso ver a la viuda. ¿Para qué? Llevaba él en el alma un dolor terrible e inesperado. ¡Aquella muchacha, aquella linda flor de oro al que él se proponía ahora declarar su cariño, pidiéndola por mujer, se había casado!

Con una profunda melancolía, por la no-

che regresó a la capital. ¡Qué aventura tan necia y tan vulgar! Si sale él unos días antes, encuentra a Alice en viaje de bodas...

Se propuso olvidarla pero pensó que tardaría aún mucho tiempo antes que el recuerdo de ella desapareciese de su corazón.

*
**

Unas semanas después, el doctor Imhof y su esposa regresaban de su viaje de novios y se instalaban en Berlín.

Ella era casi feliz. Había olvidado sus sentimientos, sus deseos juveniles, para ser la esposa fiel y bondadosa de aquel sabio que tenía para ella timideces y bondades de niño.

Imhof se reintegró a su clínica, regida una larga interinidad por Kerber, dedicándose de nuevo con todo amor a sus enfermos...

Una noche invitaron a Kerber a cenar en su casa.

El médico saludó a la joven esposa del sabio y dijo alegremente, sonrientes los ojos, hundidos en la piel flácida de los párpados.

—¡Quién sabe si cualquier día les doy la sorpresa de que en mí también ha hecho presa el microbio del matrimonio! Porque les veo tan felices... ¡Lo malo es que yo estoy enfermo!

Y tosía, agitando su cuerpo débil, agotado por un trabajo devorador...

La comida transcurrió casi en silencio. Ali-

ce parecía haberse saturado de su papel de mujer de un sabio, y tenía también una mirada grave y profunda.

Después de la cena, ella se dirigió a un saloncito contiguo.



Una noche invitaron a Kerber a cenar en su casa...

Tocó magistralmente el piano y las notas arrancadas por sus dedos parecieron adquirir un sonido de bella melodía humana...

Kerber hubiera querido escuchar aquellas sonatas deliciosas, pero el doctor Imhof le mostró los capítulos de un libro sobre medicina que llevaba ya algunos años escribiendo y que sería la consagración de su talento.

—Pero, querido Imhof — le dijo Kerber, sorprendido—. ¿Ni aún de recién casados, abandonas tus trabajos?

—Esto antes que todo — dijo él—. Es la obra de mi vida. Déjala que toque. Tú, escúchame.



Tocó magistralmente el piano...

Y comenzó a leerle aquellos capítulos saturados de ciencia y en los que Kerber fué interesándose poco a poco, mientras ella, lejana, dejaba oír un acorde sentimental.

Y de esta manera, lentamente, desgranóse un año en la existencia de Alice y de su esposo.

La madre vivía casi siempre en Montreux y pasaba algunas temporadas con sus hijos.

Los dos esposos se portaban bien. Les unía un cariño hondo, dulce, sin grandes arrebatos que no hubieran armonizado con la seriedad característica del doctor.

Y Alice se resignaba a aquella vida de lujo y de opulencia, siendo mediocrementemente feliz junto al sabio, en aquel gran caserón donde tenía todo la severidad de la ciencia.

Alguna que otra vez había pensado en las alegrías y las risas de los matrimonios jóvenes... pero los borraba pronto de su imaginación. También ella podía considerarse feliz junto a un marido célebre cuyo nombre figuraba en puesto de honor en las Academias.

Una noche tenían que ir al teatro de la Opera. Alice había estrenado un traje maravilloso, algo de realce fastuoso.

—¡Está usted encantadora! — le dijo la doncella—. ¡Cómo le gustará este traje al señor!

Alice, vestida ya con tan elegante *toilette* se dirigió al despacho de su marido que se hallaba trabajando en sus cuartillas.

El sonrió, al verla entrar.

—¡Pero, caramba! ¡Qué guapa estás, Alice, qué bonita!

Y la besó en la frente de modo paternal.

—Te gusta, ¿eh? Pues, corre, arréglate, que es hora de ir al teatro.

El movió los hombros con melancólico ademán.

—Lo siento, hijita, pero ya te harás cargo. He citado a Kerber para trabajar.



...ella podía considerarse feliz...

Un mohín de disgusto se reflejó en Alice.

—Ve sola. Iré a recogerte a la salida...

—Bueno, pero ¡hubiera preferido tanto que me acompañaras toda la función!

—Otra noche iré. Tú ya comprendes, niña

mía: no puedo decirle a Kerber que se vaya.

Y la esposa partió con una sensación de abandono, de silencio, que por primera vez le producía una extraña intranquilidad.



—Ve sola. Iré a recogerte a la salida...

Kerber llegó poco después y los dos compañeros comenzaron el estudio de su libro de orientación profesional.

Estuvieron trabajando hasta cerca de las once, hora en la cual Imhof consultó su reloj y dijo a su compañero:

—Me voy; la función estará terminando.

—Espera un momento — le dijo Kerber—; se me ocurre una idea...

Todavía conversaron otro cuarto de hora, pero Imhof declaró que tenía que salir.

Montó en su automóvil y partió veloz hacia el teatro de la Opera, sospechando que la función se habría acabado ya...

No se equivocaba. Unos minutos antes había finalizado la representación, y Alice, inquieta, aguardaba en el vestíbulo.

Un joven se acercó a saludar a la dama. La había visto en su palco, asaeteándola con sus gemelos durante la función.

—¡Qué alegría ha sido para mí encontrarla de nuevo! — le dijo él, besando su mano.

Era Luciano Baerenfeld, y Alice pareció alegrarse también de volver a ver a aquel muchacho que la hizo soñar, un momento, allá en Montreux, en las alegrías de un amor de juventud.

—Celebro verle. Estoy esperando a mi marido — respondió ella, sonriente.

Estas palabras parecieron evocar a Luciano algo muy doloroso, y le dijo:

—Sí, ya sé que se casó usted, allá en Montreux... donde nos divertimos tanto aquella tarde, en la batalla de flores...

—¡Qué lejanas cosas, Luciano! — respondió ella con suave melancolía.

En aquel momento un automóvil se detu-

vo ante el teatro y de él descendió el doctor Imhof.

Alice presentó a los dos hombres y el médico tendió la mano al joven con un gesto de franca cordialidad.

—Tendría mucho gusto — le dijo—, pues-



—*Estoy esperando a mi marido..*

to que es usted antiguo amigo de la familia de mi mujer, en que nos acompañase a cenar...

—¡Es un gran honor para mí!

Aceptó. Subieron los tres al coche. Momentos después se encontraban en el lujoso salón de un restorán.

Luciano contemplaba silencioso, pálido, a la hermosa mujer que había deseado en otro tiempo. Y cuando el marido le explicó que el día siguiente era el aniversario de la boda, el gesto del joven se hizo más adusto y grave.

Pero aparentemente tranquilo, alzó la copa y brindó por su felicidad. Miró a Alice y pareció acusarla con sus pupilas frías, de hombre celoso.

¿Por qué se había casado con el doctor?
¿Era posible que fuese feliz con un hombre obscuro, apagado, para quien sólo tenía resplandores el culto de la ciencia?

Ella pareció adivinar estos pensamientos y en aquel momento surgió en su mente el primer latido de arrepentimiento por haber entregado su juvenil belleza a la gratitud.

El doctor no reparó en el silencio de su mujer y pasó la noche agradablemente.

Luciano, que se mantuvo correctamente, se despidió de ellos, anunciándoles que iría a hacerles una visita.

Al día siguiente, el doctor Imhof marchó muy de mañana a la clínica. Tenía precisión de realizar varias operaciones urgentes.

Aquel día llegó procedente de Montreux para asistir al aniversario del casamiento, la madre de Alice; y ésta le mostró un collar de perlas que, con tan fausto motivo, le había regalado su marido.

—¡Hija, debes estar muy contenta! — dijo

la viuda—. ¡Tu marido te quiere cada vez más!

—¡Sí, me ama mucho! — respondió seriamente; pero se acordó de Luciano y este pensamiento le pareció que ponía rubor en sus mejillas.



El doctor no reparó en el silencio de su mujer..

A mediodía, un criado dijo a Alice:

—El señor avisa por teléfono que un caso de gravedad y de urgencia le impide venir a comer.

—¡Qué contrariedad! ¡Y en este día! — dijo Alice a su madre—. ¡Estoy siempre sola, sola! ¡Si vieras cuánto me aburro!

—No te enfades, hija mía; un médico es esclavo de su humanitaria profesión y tiene que anteponerla a todo.

Aquella noche debía celebrarse una recepción para celebrar el primer año de casados. Se habían repartido ya numerosas invitaciones para la fiesta.

El doctor Imhof, al salir de la clínica, había ido a visitar a su amigo Kerber que se excusó de asistir a la fiesta por encontrarse algo delicado.

Luego Imhof se dirigió a su casa.

—Quiero que la fiesta con que esta noche celebro la fecha, para mí tan grata, resulte brillantísima — le dijo a Alice.

Los dos esposos hablaron largamente de las personas que estaban invitadas y de lo selecta que sería la reunión.

Un criado irrumpió en el saloncito para decirles:

—El señor Luciano Baerenveld desea saludar a los señores.

Brillaron los ojos de Alice con expresión de miedo. ¿Por qué venía aquel hombre? ¿Qué quería de ella? Pero el doctor, sin sospechar la preocupación de su esposa, dijo:

—¡Es simpático ese joven! ¿Te parece que le invite también a nuestra fiesta?

—Como quieras... — respondió ella, sencillamente.

Entró Luciano, amable, cumplidor, correc-

to. Saludó a Alice y al doctor, llamando a este "maestro".

Imhof, confiado y feliz, les dejó solos, yendo al despacho contiguo a redactar una invitación para aquella noche.

Los dos jóvenes se miraron un instante, con



Fumaron los dos...

poemático silencio, y de pronto, él, abriendo la cajita de cigarros, le ofreció un egipcio a Alice. Fumaron los dos y sus ojos brillaron como si quisieran comunicarse un secreto.

Luciano, contemplando la figura respetable del doctor, que había dejado abierta la puerta de su despacho, murmuró lentamente, muy

cerca de ella, como si destilase en sus oídos:

—Su marido, un hombre tan famoso, entregado por completo a la ciencia, tendrá siempre tantas ocupaciones... ¡y usted estará tan sola, tan sola!

Ella sonrió amargamente. ¡Aquel hombre adivinaba la soledad que le envolvía! No contestó.

Luciano siguió, meloso e insinuante:

—He pensado mucho en usted... Me hizo muy desgraciado su rápida marcha de Montreux.

—No hablemos de eso... por favor, se lo ruego — respondió ella, sintiéndose turbada ante la evocación del ayer.

Por fortuna, la llegada de Imhof puso término a la entrevista.

El doctor le ofreció una invitación para la fiesta.

—Tendré un verdadero placer en asistir a ella — dijo el joven, inclinándose.

Y luego de conversar aún largo rato, mostrándose muy atento y deferente con el doctor, se despidió de ellos.

Aquella noche los salones de los señores de Imhof hallábanse llenos de una concurrencia distinguida, aunque en verdad, no muy joven ni muy alegre.

Hombres de ciencia, envejecidos por el estudio constante de las grandes disciplinas de la humanidad, jóvenes prematuramente fatigados con los ojos apagados por

el constante esfuerzo sobre los libros, mujeres sencillas, compañeras severas y graves de esos espíritus seleccionados.

El ministro de Instrucción pública asistía también a la fiesta, queriendo dar una prueba de consideración al sabio. Imhof, feliz, presentó el ministro a Alice, quien se veía también saludada por aquel núcleo de venerables figuras.

No se bailó, pero se cantó y escuchóse música de concierto. Alice, sentada en un rincón, meditaba... Junto a ella, como una sombra tentadora, Luciano ponía su nota de juventud rebelde y bella.

—¡Oh, Alice — le murmuró él—, usted no puede ser feliz rodeada de tanta vejez...!

Ella apretó los ojos, sintiéndose realmente desdichada entre una sociedad que había coartado los impulsos alegres y libres de su corazón, junto a un marido bueno y fiel, pero que tenía la serenidad estudiantina de los hombres de ciencia... El verdadero amor, el amor fuerza y pasión, ella no lo había gustado aún...

Luciano continuó:

—Si usted me hubiera esperado, ¡cuán distinta habría sido su vida...!

—¡No me hable usted así, se lo ruego!

Y para librarse de la influencia de aquel hombre que ella creía fatal, se levantó y

pasó el resto de la noche al lado de su marido.

La fiesta terminó pronto; la concurrencia era gente que se levantaba temprano para trabajar en las nobles labores del espíritu.

Luciano besó, al marcharse, la mano de Alice y sus ojos la contemplaron con una admiración muda, de amor...

Después de la fiesta, cuando hubo salido el último invitado, Alice, sintiendo que la pasión culpable intentaba adueñarse de su corazón, luchaba para ahuyentar el ensueño.

Escribió una carta:

No es conveniente que volvamos a vernos. Por mi tranquilidad, por el afecto que dice le inspiro, ruego a usted que nunca más se ponga en mi camino.

Pero después rompió esta carta a pedacitos, sintiéndose desolada, sin saber qué resolución tomar. ¿Por qué aquel hombre había turbado tan hondamente su vida?

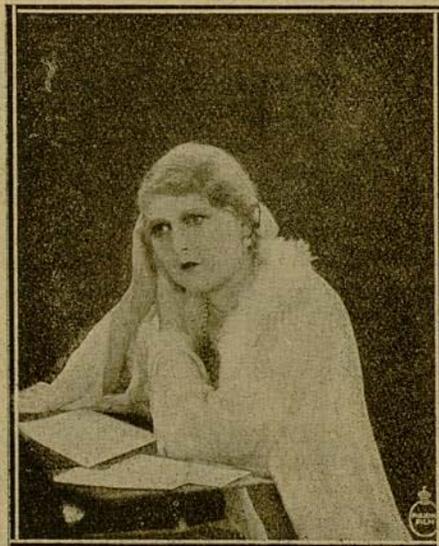
Imhof entró en el gabinete y ella le suplicó con acento de fatiga:

—Te pido, Imhof, que me lleves lejos de aquí; me encuentro mal de los nervios... Vámonos a nuestra casa de Montreux.

—Yo satisfago todos tus deseos — dijo él, amablemente—. Avisaré a Kerber para

que durante mi ausencia, me substituya en la clínica.

A la otra mañana, el doctor telefoneó a



...luchaba para ahuyentar el ensueño.

la consulta de Kerber y le dijeron que éste estaba enfermo.

—¡Qué contratiempo! — indicó a Alice—. Kerber está muy enfermo. Pero no aplaces el viaje. Tú puedes ir acompañada de tu madre; yo iré en cuanto pueda...

Alice no quería permanecer un instante más en la capital. Así es que partió aquella misma noche con su madre para la finca de Montreux.



—¡Qué contratiempo! Kerber está muy enfermo..

Deseaba huir de aquel ambiente de la ciudad, lejos de Luciano, que era el amor juvenil.

*
**

Pasaron unos días. Luciano, bajo el impulso de su amor hacia Alice, y enterado del viaje de ésta, había marchado en pos de ella.

Y un día en Montreux, la habló junto aquel lago en que se vieron un año antes...

Ella hizo un gesto de contrariedad al reconocerle:

—¡Perdóneme, Alice, no me es posible la vida sin ver a usted! — dijo Luciano.

—Es una imprudencia lo que usted hace — respondió ella, dolorida, adivinando con horror que su corazón iba hacia aquel hombre—. Márchese, se lo ruego; no perturbe mi tranquilidad con su presencia.

—Cuanto diga resultaría inútil —respondió él, con pasión—. Yo necesito su afecto.

—¿Mi afecto? Le concedo únicamente el de amigo. Confórmese con eso...

Pero él no se conformaba y día tras día acechaba los pasos de aquella débil mujer a quien amaba con todo corazón.

Alice se defendía, deseando que viniese su marido para tener un sostén en que apo-

yarse. Tenía miedo de caer. Escribía cartas angustiosas al doctor.

Tu viaje se retrasa demasiado. ¿Por qué no vienes? No olvides que te espera impaciente tu

Alice

Luciano iba a buscarla algunas tardes a su casa con el objeto de pasear por los alrededores magníficos de Montreux y repetir sus líricas estrofas amorosas.

Una gran lucha se había empeñado en el alma de Alice. Comprendía que estaba resbalando, precipitándose hacia el abismo. Y se sentía atraída fatalmente a él...

Y así pasaban los días, las semanas. Y la madre, enterada de la amistad entre su hija y Luciano, le dijo un día:

—No es prudente que salgas tanto con ese joven...

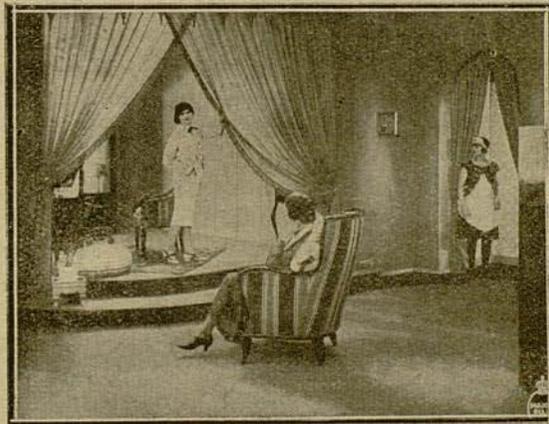
—Es la única persona con quien nos tratamos — respondió Alice—. ¿Voy a estar sola y aburrida? ¡Si viniera mi marido!

Y como él no llegaba Alice iba sintiéndose saturada por aquel primer amor de su existencia.

En la capital, el doctor Kerber, gravemente enfermo, había ingresado en la clínica de su íntimo amigo, el doctor Imhof, y poco a poco los cuidados de éste le iban devolviendo la salud.

Imhof retrasaba su viaje a Montreux, hasta tanto no estuviera curado del todo su camarada...

Y mientras él cuidaba de su amigo, allá, en la soledad del bello paisaje, el amor



—No es prudente que salgas tanto con ese joven...

de Alice y Luciano enlazaba cada vez más sus corazones.

Habían ido una tarde de excursión, admirando las gigantescas montañas, siempre nevadas...

El la decía con un amor sincero y apasionado:

—Tú no eres feliz, Alice. Tú no puedes

querer a ese hombre; tu amor es para mí; no vaciles más, recobra tu libertad y emprendamos la vida dichosa.

Ella intentó defenderse aún, pensando en el dolor que experimentaría el médico al saber que ella se marchaba. Pero ahora comprendía la locura de haberse unido con un hombre al que no amaba, al que jamás podría amar como quería a Luciano...

—¡Sí, debes recobrar la libertad — seguía murmurándole el joven—; a ella tenemos derecho!...

—¡Mi libertad!... ¡Sería imposible!

—No, locuela, no; tú eres joven, yo soy joven también. Te amo, no puedo permitir que sacrifiques tu vida al lado de un hombre al que no quieres. ¡Oh, mi Alice, mi reina, te amo...!

Y le besó los labios, y ella besó también suavemente, para retirarse en seguida. No; pertenecía todavía a Imhof...

Emprendieron el regreso al hogar. Estaban decididos. Pero ella no quería huir, ni engañar a su marido de un modo canallesco. Le diría la verdad, le confesaría la equivocación de su vida...

Llegó a su casa y su madre le recriminó la larga ausencia. ¿Por qué llegaba tarde? ¿Es que quería comprometerse ante la gente?

—Madre, mi corazón se impone — confesó Alice, con acento dolorido—, y aunque

para Imhof sea muy doloroso, hoy mismo le escribiré diciéndole toda la verdad.

En su alma triunfaba el amor sobre todos los otros sentimientos de la gratitud y del deber.

La viuda gritó, furiosa, contra aquella determinación de Alice:

—Piensa, hija mía, en tu marido. ¡No rompas su vida y felicidad! ¡Recuerda lo que ha hecho por nosotras!

—Yo amo a Luciano, madre; sólo puedo decirte esto... le amo, le quería antes de casarme con Imhof.

Y dejó a su madre para escribir una carta de ruptura.

Entretanto, en la capital, Kerber había salido ya de la clínica del doctor Imhof, volviendo a reanudar su labor profesional.

El sabio Imhof, constantemente preocupado por los casos que le ofrecía la humanidad doliente, iba retrasando día tras día su viaje a Montreux. Por encima de todo estaba el culto a su labor de médico.

Una mañana tenía que realizar una operación difícilísima. Se encontraba en su casa, consultando varias obras científicas, cuando le llamó desde la clínica su ayudante Hedit:

—Todo está preparado para la operación, doctor...

—Voy al momento.

Cuando iba a salir, le entregaron una car-

ta y un telegrama. Rasgó éste, y leyó con profunda extrañeza su texto:

Doctor Imhof. Berlín.

Es precisa tu presencia urgente junto a tu mujer.

Viuda de Arensberg.

¿Qué podía ocurrir? ¿Estaría enferma su mujer? Este pensamiento le entristeció, y reconociendo en el sobre de la carta la letra de Alice, lo abrió inmediatamente.

Febrilmente leyó aquella carta, que cayó sobre él como un golpe mortal.

Mi buen Imhof: Soy una mujer leal y no olvido cuánto por mí has hecho. Por eso, proveyendo honradamente, declaro que mi corazón se arrastra hacia otro hombre. En tus manos está romper el nudo que nos ata a ti y a mí. Comprendo el pesar que te causo; pero la realidad se impone siempre brutalmente triunfadora. Perdona el mal que bien a pesar mío te produzco.

Alice

Aquel hombre se dejó caer, desplomado, aniquilado, en un sillón. Todo él tembló, casi enloquecido. Y cual trituradas por formidable mazazo, vió en un momento deshechas sus más bellas ilusiones.

Una danza trágica bailaban las cosas en su imaginación. Pero, ¿podía ser cierto aquel in-

fortunio? ¡Su mujer, su Alice adorada, la que él pensaba que era la más feliz de las esposas, le abandonaba y pedía su libertad!

Volvió a leer la carta y entonces estalló en un llanto doloroso, en que moría su pobre felicidad, en que se rompía su vida aplastada de repente...

Así, extático, sin pensar ya en nada, como si la vida se hubiera escapado de él, permaneció unos minutos. Su cerebro bullía, con un rumor de máquinas infernales.

Entró un criado y le dijo:

—Desde la clínica, llaman al señor con urgencia.

Nada contestó Imhof.

Y el sirviente, viendo el gesto derrotado del médico, corrió a telefonar a Hedit:

—No sé qué le pasa al doctor. Parece que llora... no quiere venir, no contesta...

En la clínica se hallaba el doctor Kerber, quien marchó rápidamente a casa de su amigo. ¿Qué podía sucederle? Además, se trataba de una cuestión de vida o muerte: un pobre enfermo para quien la operación era remedio urgentísimo y supremo...

Cuando llegó Kerber, se asombró al ver el semblante de su amigo.

—Pero, ¿qué tienes?

El, silencioso, alzó lentamente el brazo y le entregó la carta.

Kerber pasó por ella los ojos y comprendió. ¡Ah, la infame!

—Pobre amigo mío — dijo—, ¿de qué te sirvió tu bondad?

—Desearía morirme, Kerber — respondió Imhof.

—¡Oh, no! ¡tú debes vivir! pero...

Y se acordó entonces del pobrecito enfermo para quien los minutos de retraso podían serle mortales.

—Imhof, vamos corriendo a la clínica; debes operar a aquel enfermito... Se trata de su vida... corre.

El se negó:

—¡No, déjame estar, quiero morirme!

Kerber, sacerdote de la ciencia, le dijo entonces con los puños cerrados:

—Piensa, Imhof, que no te perteneces en absoluto; que te debes a la ciencia y a quienes de ti esperan su salvación.

—¡No puedo, Kerber! — contestó.

—La vida de un hombre peligra por tu retraso... ¡Un enfermo reclama tus auxilios! ¡Sacerdote, a tu altar!

Levantóse de repente Imhof; el culto profesional vibró en el haciéndole olvidar su tragedia.

—¡Voy a cumplir con mi deber! — dijo—. ¡Salgamos!

Y se dirigieron a la clínica, y el médico, con la muerte en el alma, pero la poderosa luz en el cerebro, operó con éxito al desdichado...

Cuando hubo acabado la operación, dejó-

se caer, aniquilado por la tensión nerviosa, en los brazos de su amigo.

—¡Adiós, Kerber! — le dijo—. ¡Ahora me voy a Montreux!

Y partió aquella noche misma.

Y al siguiente día, en Montreux, Alice y Luciano se encontraban en lo alto de un monte. El había ido allí en automóvil y ella en el funicular. Alice quería evitar que les viesen juntos mientras no se acordara el divorcio.

—Allí está Italia — le decía él señalándole unas montañas lejanas—, el bello país de luz y armonía tan propicio a los seres que se aman. ¡Huyamos, Alice! ¡Marchemos en busca de nuestra felicidad!

Quiso estrecharla contra su corazón.

—¡No, de ningún modo! — respondió ella—. Es preciso esperar a que los lazos que me unen a Imhof queden desanudados.

Quería aguardar, esperar a que el mismo médico le concediese la libertad.

—¡Tengo unos deseos de que seas libre, bien libre, de que pidas el divorcio y podamos casarnos, Alice!

Pasearon largo rato. Ella consultó su relojillo. Tenía que marchar.

—¿Quieres que te lleve en mi coche hasta tu casa? — le dijo Luciano.

—No, ahora no — respondió Alice—. Tiempo tendremos para viajar juntos.

El la besó en una mano y emprendió rá-

pidá marcha en su automóvil, mientras la joven iba hacia el funicular, para volver a casa...

De pronto, vió algo terrible, que le paralizó la sangre. El automóvil en que viajaba Luciano se había despeñado hacia el abismo.

Corrió hacia allí, dando gritos de horror. Otros alpinistas extrajeron al herido de entre las astillas del coche. Fué trasladado a una cabaña, en el cercano bosque.

—Es un caso muy grave — dijo un excursionista—. Sería conveniente requerir por teléfono el auxilio de un buen cirujano.

Entretanto, el doctor Imhof había llegado a Montreux y hablaba con la madre de Alice del terrible cambio experimentado por su mujer... ¿Cómo era posible aquella situación inesperada?

Alguien llamó al teléfono; era un médico de Montreux que había encontrado poco antes a Imhof, en la estación. Le acababan de advertir que un herido grave, víctima de un accidente de automóvil, estaba en la cabaña del bosque. ¿Querría ir allá, el eminente sabio, aprovechando su venida?

Imhof no vaciló; con el alma rota, fué por segunda vez a sacrificarse por el prójimo. Y partió veloz hacia el lugar indicado.

Y al entrar en la cabaña, una mujer, Alice, loca de miedo y de dolor se dirigió a él con los brazos abiertos:

—¡Tú, Imhof! ¡Sálvale! ¡Es Luciano, Luciano! ¡Se muere! — gritó.

El miró horrorizado, tembloroso, a su mujer. ¿Qué hacía allí, en la cabaña?

Avanzó unos pasos y vió tendido sobre una cama a Luciano Baerenfeld.

Todo lo comprendió de un golpe. ¡Ah, los miserables! ¡Aquel hombre joven era el que le robaba el amor de su esposa! ¡Que se muriese el infame, el odiado!

Y quiso huir; pero ella le cogió por un brazo con ademán de inmensa pena:

—¡Por Dios te lo pido! ¡Sálvale!...

—¡Tú... él! — gritó el médico, enfurecido...

—Nada ha ocurrido entre los dos, te lo juro... Yo he respetado tu nombre... pero, sálvale...

Imhof vió arrastrarse junto a él, como una trágica enamorada, a su mujer. Y la contempló, aniquilado. Una última luz se apagó en su alma... Comprendió que el corazón de aquella mujer pertenecía por entero a otro hombre, a aquel joven al que tal vez ella había amado mucho antes de su casamiento.

Vió al herido, a un sér humano que gemía cruelmente, y acallando su pena, sus celos, quitóse rápidamente la americana y comenzó, abnegadamente su cura, con el mismo interés que ponía en los otros enfermos.

La lucha con la muerte fué larga. Algunas horas de angustia transcurrieron.

Ella esperaba sola en una contigua estancia, y al anochecer el médico salió con el aire grave y taciturno.

—¡Está fuera de peligro! — dijo sencillamente.

—¡Oh, gracias, gracias! — respondió con los ojos resplandecientes de alegría, Alice—. ¡Eres muy bueno! ¡Perdóname, me quedaré para siempre contigo!

Una sonrisa de pena se dibujó en los labios de él.

—¡No, Alice! — murmuró con lentitud—. Ese sacrificio que quieres imponerte, revela el amor que le profesas; no lo acepto. Yo fuí el culpable al no ver el abismo que los años abrían entre tú y yo...

Ella le miró con lágrimas en los ojos.

—¡Imhof... perdóname... eres tan bueno! Ya no me marcharé...

—La juventud tiene sus derechos, Alice... Yo no tengo el de destrozar tu corazón... ¡Demasiado tarde lo he comprendido!

Y precipitadamente abandonó la cabaña... Dejaba libre a Alice; pediría el divorcio y retornaría al amor de sus libros y de sus enfermos.

Alice corrió al lado de Luciano que casi desvanecido no se había dado cuenta por

entero de que el doctor Imhof era quien le curó..

Ella se lo comunicó con lágrimas ardientes.

—¡El... tu marido? — dijo, emocionado, el joven.

—¡Sí... Luciano... nos deja libres... libres! ¡Qué bueno es!

Y besó la mano, con transportes de júbilo, del hombre que era su primer amor.

*
**

Pasó algún tiempo. Concedido el divorcio, Alice y Luciano se casaron, yendo a ocultar su amor juvenil en Italia.

El doctor Imhof aparecía abatido, desconsolado... Su nueva vida de soledad le producía una inmensa pena. Pero se resignaba, contento de haberse sacrificado por la felicidad de los demás.

Su ayudante Hedit se había casado al fin...

Un día, una gran manifestación estudiantil fué a casa de Imhof aclamando al eminente maestro. El ministro de Instrucción Pública con numerosos catedráticos, llegó al domicilio de Imhof a comunicarle una grata nueva.

—Señor Imhof, tengo el gusto de comunicarle que el Cuerpo de Doctores ha elegido a usted rector de la Universidad y vie-

nen con sus alumnos a felicitarle — le dijo.

Kerber y otros amigos le estrecharon la mano. Imhof, sonrió. ¡Aquello era la gloria!

Tuvo que asomarse al balcón para responder a las aclamaciones de los estudiantes.

—¡Viva el doctor Imhof!... ¡Viva nuestro Rector! ¡Viva el hombre de ciencia!

Luego los manifestantes se disolvieron y el ministro y sus amigos abandonaron la casa del grande hombre...

Imhof quedó sonriente con su amigo Kerber que lloraba de gozo.

—Ya has visto cómo la juventud te aclama — le dijo.

El calló, y luego, lentamente, con los ojos perdidos en algo lejano, respondió:

—Ella tiene sus derechos eligiendo como Rector al hombre que puede inculcarles su experiencia...

—Es verdad, Imhof... Y de aquí en adelante, sólo debes tener un amor: la ciencia...

—Sí, un amor... un solo amor...

Algo pasó entonces por la mente de Imhof... Y por última vez pasó por su imaginación el recuerdo de la bella mujer cuya juventud perfumó efímeramente la vida austera del hombre sabio...

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

LA SIRENA DEL CANTÁBRICO

por CELIA ESCUDERO

Postal-fotografía-regalo:

Ernest Torrence



SIEMPRE 
LAS MEJORES
PELÍCULAS

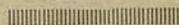
La Novela

Semanal

Cinematográfica

sale todos

los miércoles



Precio:

25 cts.

Al éxito creciente de

NOCHE NUPCIAL

por LILY DAMITA

seguirá en breve el de la grandiosa superproducción

EL SÉPTIMO CIELO

por Janet Gaynor y Charles Farrell

Argumento narrado por Francisco - Mario Bistagne

Ediciones Especiales

de la

La Novela Semanal Cinematográfica

Sea usted coleccionista de la selecta

BIBLIOTECA " NUESTRO CORAZÓN "

de

Ediciones BISTAGNE

El 30 de noviembre aparecerá el tercer libro de esta
ideal colección, titulado:

LA ESPOSA Y LA AMIGA

original del distinguido literato español
José Baeza Valero

Muy en breve:

*Número
Almanaque
para 1928*

de

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**